

*El Espíritu y las Autoridades Modernas*

(título equivalente en español para el título del volumen 2 del libro en inglés *The Spirit and the Modern Authorities*)

Max L. Stackhouse with Don S. Browning, editores

Una evaluación y comentarios del Volumen 2, por Mario Zani (primer borrador)

## **Trasfondo**

Recibí este libro en julio pasado, apenas unos días antes de un viaje a Quito, Ecuador y a San José, Costa Rica, para enseñar un curso de administración y liderazgo del programa doctoral del Nazarene Theological Seminary. Asumí que leyendo este libro fuera de los Estados Unidos de Norteamérica, podía ganar una mejor perspectiva sobre la globalización a la que se refiere este libro, que lo hace desde una perspectiva occidental. No puede lograr leer mucho durante el viaje, con excepción del contenido, las cortas biografías de los autores, y la introducción de Max L. Stackhouse.

Un mes antes del viaje participé como observador de la Asamblea General de mi denominación, en Indianápolis, Indiana. [\[1\]](#) Fue una gran alegría observar mi iglesia trabajando y avanzando la causa del evangelio en más de 130 países. Sin embargo, me preocupó la desproporción participativa que se da en los diálogos y responsabilidades como y iglesia y estructura en áreas normativas como las que se mencionan en este libro: educación, ley, medicina y tecnología. Sin duda, nuestra denominación es una iglesia internacional que representa la clase de globalización occidental que describiré más adelante.

Al regresar de Centro América, me esperaban noticias. Mi esposa y yo habíamos sido electos para servir como pastores de una congregación bilingüe en la Kansas City, Kansas. Los condados de esta ciudad han crecido –desde 1990 al 2000– sus poblaciones hispanas en un 60% y hasta 200%. Con el crecimiento hispano, también se ha dado una inmigración masiva de ciudadanos orientales. Tanto así que la iglesia donde anteriormente era miembro, en un programa de inglés como segundo idioma, tiene aproximadamente 70 estudiantes provenientes de países diversos, representando así a once diferentes idiomas. Poco a poco continué avanzando en mi lectura de este libro.

Mi primera clase para el año lectivo 2001-2002 en el Seminario mencionado era el 11 de septiembre. Como resultado de los ataques terroristas en el Centro Mundial de Comercio, en Nueva York, y en el Pentágono, Washington, lo único que hicimos con los estudiantes fue dialogar informalmente y orar. Ese día –con literalmente casi el resto del mundo–, me concentré en mirar y escuchar las noticias relacionadas con esta situación. Aún hoy no sabemos a ciencia cierta que sucederá. Hasta aquí, la situación del Anthrax (carbuncho) y el comienzo de la guerra en Afganistán es lo que se ha añadido a esos ataques. Los ensayos de este libro, de pronto adquirieron nuevo significado. La historia de la humanidad repentinamente cambió su curso. Rápidamente se formó una gran coalición de países poderosos y no tan poderosos del McMundo[2] para tratar y responder al terror tribal. Fue muy interesante la frase que el presidente Bush expresó durante uno de sus primeros mensajes al país: “El que no está con nosotros, está en contra de nosotros.”

Durante estos meses de guerra están ocurriendo otros asuntos. El asesinato del ministro de turismo de Israel Rechavam Zeevi, el 17 de octubre, motivó al gobierno israelí a enviar tropas a Palestina e invadir las ciudades de Ramallah, Jenin, Belén y Beit Jalla. En ese mismo espectro de guerra –aunque aparentemente sin relación a los ataques contra Nueva York y Washington–, los

dos países con capacidad nuclear de India y Pakistán añadieron fuego a la inestabilidad del mundo al hacer resurgir el tema del litigio que tienen sobre el territorio de Kashmir. Todos estos eventos, y otros que se están gestando –algunos planificados por los mismos terroristas– generaron en el mundo un espectro de crisis que conjuga la religión, los derechos humanos de los refugiados, y la tecnología, incluyendo el uso del poder destructor atómico-nuclear.

El capítulo de este libro por el Dr. Moltmann fue grandemente favorecido al llegar al seminario donde enseñé, los días 8 al 10 de octubre, particularmente cuando en una de sus tres intervenciones tocó el tema “Escatología, Globalización y Terrorismo.” Las dimensiones de las *autoridades y regencias* (como se maneja en este libro) ganaron una nueva perspectiva en mi pensamiento.

### **Contenido y Observaciones**

La teología cristiana forma y es formada. Las acciones de la iglesia, como también sus indiferencias, pueden bien influir a otros y el mundo en que vive. Su falta de acción puede mantenerla alejada de la buena influencia que puede aportar. A corto o largo plazo, la acción o falta de acción mostrará resultados y consecuencias. La opción para la iglesia es confrontar las realidades de la globalización o –tarde o temprano– ser confrontada. Es mucho más que sólo estar a favor o en contra. ¡La globalización es una realidad, y está aquí!

Aunque la palabra globalización fue acuñada en décadas recientes, ha venido tomando forma en los últimos cuatro siglos. Ponernos de acuerdo en un tiempo específico en el que se utilizó por primera vez no tiene mucha importancia. Sí, tiene importancia cómo la iglesia cristiana trata o deja de tratar en su contexto con los componentes que dan forma a la globalización moderna.

Espiritual y moralmente, la iglesia cristiana necesita proporcionar dirección y control a los poderes para que no abusen de la autoridad. El silencio –como he mencionado– rinde trincheras y otorga libertad de acción e interpretación. En más de una ocasión en la historia cristiana, la iglesia ha sido criticada más por su silencio que por su participación. En lugar de dialogar o confrontar las influyentes agencias de su tiempo que formaban la sociedad, sencillamente se contentó en observar y permitir que los principios espirituales y morales de nuestras tradiciones fuesen ignorados. Sin reflexión teológica adecuada, la iglesia concederá a las autoridades el privilegio de discernir e interpretar las realidades y desafíos que la globalización proporciona a estos tiempos. Los excelentes ocho autores de este segundo volumen facilitan nuestra reflexión en esas áreas que coexisten dentro de las “grandes autoridades de la modernidad”, como las llama Stackhouse, incluyendo las profesiones de la educación, la ley y la medicina, además de las regencias de la tecnología, la naturaleza, y la personalidad carismática.

En la introducción, Stackhouse proporciona un mapa de los poderes –identificados como autoridades o regencias– que actúan e interactúan en nuestras sociedades e influyen las esferas de vida, formando y transformando la identidad humana y, como resultado, la cultura más allá de su contexto inmediato. En este mapa, el autor indica que es posible para tales autoridades no tener el poder de obtener toda la lealtad como pudiera ocurrir con un partido, familia, cultura, economía o religión –las cuales son identificadas como *principados*–, “pero ejercen casi control soberano sobre ciertas decisiones que llegan a ser indispensables para la vida cotidiana de las civilizaciones complejas” (p. 1). Todos los escritores de este libro, clarifican Stackhouse, tratan con la globalización con la universalización de las influencias de esas autoridades y regencias que se originan y toman forma en el mundo occidental. En cierto sentido, la universalización proporciona nuevas oportunidades. Las distancias se acortan, y consecuentemente la capacidad de ayudar y mejorar la vida humana. Pero así como esa influencia puede contribuir, la necesidad existe de estar alerta de los serios riesgos que acarrea. Uno de esos riesgos tiene que ver con el

desarrollo de su propio espíritu, con su propia autosuficiencia, adquiriendo poder y control, volviéndose indiferente hacia la ética y las normas sociales y religiosas de su contexto. Es en este sentido que las autoridades pueden desarrollarse de tal manera que, primero, compiten y, finalmente, trascienden y pueden obtener más poder e influencia que la base moral y social que tradicionalmente ha servido para marcar la conducta humana y distinguir lo bueno de lo malo. Estas tensiones de la globalización, entonces, requieren diálogo teológico y ético. De no ser así, tomarán lugar en un vacío espiritual y moral.

Por medio de la reflexión responsable que facilita la educación cristiana –argumenta Richard Osmer–, las próximas generaciones serán capaces de proporcionar ayuda en reconocer los desafíos y temas de vivir en un “lugar común.” Transportación veloz, comunicación satelital y coaxial, y energía, reducen las distancias y el intercambio de ideas, recursos y posibilidades. El autor remarca bien: “Al comenzar el nuevo milenio las comunidades de fe harán bien en pensar en la clase de enseñanza y aprendizaje que sus miembros necesitarán si habrán de dar un testimonio fiel y efectivo en un mundo rápidamente globalizante” (p. 75). Esta enseñanza y reflexión de la iglesia necesita ocurrir en un contexto global y no tan sólo local. El desafío de la iglesia es entender que el mundo –como Juan Wesley percibió su propia influencia– es nuestra parroquia.

John Witte, Jr. discute los movimientos modernos de leyes originados mundialmente como resultado de la Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1948, produciendo una revolución global. La iglesia, afirma él, facilitó como una nodriza el nacimiento de los derechos humanos. Sin embargo, “el desafío del Siglo XXI será transformar las comunidades religiosas de nodrizas en madres de los derechos humanos –de agentes que ayudan en el nacimiento de normas de derecho concebidas en cualquier otro lado a asociaciones que dan luz y nutren sus propias contribuciones a las normas y prácticas de los derechos humanos” (p. 87). Sin religión,

dice Witte, no hay base para los derechos. Sin religión, el régimen de los derechos humanos crece sin control. Sin religión, un sistema de justicia no tendrá credibilidad. Sin religión, los estados y gobernantes tendrán papeles exagerados como guardianes de los derechos humanos. El creyente, entonces, no debiera mirar los derechos humanos desde la distancia; al contrario, necesita participar en su concepción, cuidado y nutrición. El argumenta “que los derechos humanos deben tener hoy un lugar más prominente dentro de las religiones... [asumiendo] su patrocinio y protección tradicional de los derechos humanos, proporcionando a este régimen su total vigor doctrinal, sanidad litúrgica, y persuasión moral” (p. 90).

Muchas veces hemos dicho o escuchado decir: “Somos la iglesia, la comunidad de fe.” Con menos frecuencia escuchamos “somos una comunidad sanadora” también ha sido dicha en algunas congregaciones. Quizá la falta de balance entre una y otra oración es por lo que dice Allen Verhey –en el capítulo sobre La Iglesia, Globalización y Una Misión del Cuidado de la Salud–, que muy poco asociamos la vida en el Espíritu con la salud que El produce. El peligro de dejar la sanidad en manos de la medicina consiste en ignorar el mismo poder de Cristo –que no es únicamente sanar– y que es dado por Su Espíritu a la iglesia. Verhey dice: “Guiado por el Espíritu, y recordando al que hizo el lloro humano el suyo propio, la iglesia debe practicar una compasión más antigua, que incluye presteza para ‘sufrir con’ otro. Esta debiera nutrir la disposición a estar silenciosamente presente cuando el que sufre comienza a recuperarse, y la prontitud a ser de apoyo mientras que el que sufre comienza a construir el siguiente capítulo de su propia historia, aún si fuese el último capítulo” (p. 132). Durante su ministerio terrenal, Jesús no se debatió al inicio de cada con la pregunta: “¿Deberé hoy hacer compasión o evangelismo?” En algunas instancias pareciera que la iglesia quisiera dejar la responsabilidad completa de la sanidad a la medicina secular y su compasión a comités de la iglesia u organizaciones seculares. Hay lugar para las organizaciones médicas y compasivas, pero la iglesia no debiera olvidar que –

como Cristo lo fue— su naturaleza es compasiva-evangelística y evangelística-compasiva. Una no compite con la otra, al contrario, ambas proporcionan a la iglesia la integridad y credibilidad necesaria ante los ojos del mundo. “Ser guiados por el Espíritu”, concluye Verhey, “significa recordar, esperar, y batallar contra los males que amenazan nuestros cuerpos y vida común en la aldea global” (p. 138).

Ronald Cole-Turner argumenta que la tecnología al producir globalización es la autoridad por excelencia. Teología, dice, debiera estar aliada con la tecnología para guiar —además de interpretarla— lo que ocurre en el mundo de la ingeniería biológica, digital, de las comunicaciones y farmacológica. Al asumir esta tarea, la teología necesitará estar involucrada, informada, además de ser creativa, efectiva y fiel. El autor inicia su ensayo con preguntas desafiantes, incluyendo: “¿Nos animamos a pensar que la teología puede dar forma a la tecnología?” Después de analizar la teología y la ciencia e infiriendo la concepción general que la teología interpreta la ciencia y que la teología ética debiera guiar la tecnología, Cole-Turner propone una teología que trascienda su función interpretadora para ser capaz de generar cambio en aquellos que hacen teología. “Es casi muy posible que la iglesia se margine en una función de capellanía, tomando los pedazos, cuidando los lastimados, limpiando el daño, pero nunca incorporándose ella misma al mecanismo de transformación, dirigiendo, persuadiendo, y transformando los transformadores” (p. 143).

Jürgen Moltmann aboga por la responsabilidad humana en la globalización, recordándonos que lo que hacemos tiene consecuencias. Con la actual actitud de la humanidad, será muy difícil sobrevivir el siglo XXI. Es posible que la globalización haya acortado la distancia entre el occidente y el oriente, pero también es verdad que el balance del organismo de la tierra y humano se ha roto, creando lo que Indira Gandhi reconoció como la mayor de las contaminaciones: la pobreza. “Y agregaría”, dice Moltmann, “que la contaminación ambiental

mayor no es la pobreza como tal; es la corrupción la que causa pobreza. Es un círculo vicioso conducente a la muerte” (p. 168). El autor propone que “por cada intervención en la naturaleza debe haber una compensación” (p. 169). El llama la atención del lector con lo que el científico Jame E. Lovelock propone con la hipótesis *Gaia* –palabra griega para tierra–, que propone la comprensión de que “el planeta es un sistema de interacciones y retroalimentación, que posibilita crear las mejores condiciones posible para la vida” (p. 181). La invitación de Moltmann es por el respeto a la tierra porque somos huéspedes de ella, a vivir en ella pero no en contra de ella, a habitarla pero no a dominarla, ni a explotarla sino a habitarla pacíficamente. Más que globalización –lo particular transformándose en universal– necesitamos pensar en *ecumene* –que corresponde con el término griego *oikos*–, que consiste en que la humanidad habite, “vivir dentro de la esfera de la tierra y no estar en su contra...” (p. 190).

En el contexto de una teología ética y en el último capítulo de este segundo volumen de *El Espíritu y las Autoridades Modernas*, el profesor de Ética Social Cristiana de la Universidad de Princeton Peter J. Paris demuestra en su ensayo “que una teoría modificada de la virtud puede contribuir significativamente a la dimensión ética del discurso contemporáneo sobre la globalización” (p. 191). Con un acercamiento aristoteliano a la comprensión del alma humana, Paris señala:

Contrariamente a las nociones equivocadas, la teoría de la virtud no implica una ética individualista aislada del contexto social ni una ética parroquial limitada a valores morales de pequeñas comunidades homogéneas. Tampoco es la teoría de la virtud sustituta de reglas éticas, principios, leyes, o derechos. Más bien, ésta proporciona una comprensión básica de la unidad cuadrimensional de la vida moral: apetitos correctos, libre elección, juicio sabio, y buenos hábitos. Fuera de tal comprensión de la vida moral,



no habrá manera de conocer la naturaleza de la excelencia moral en acciones específicas, caracteres formados, o comunidades específicas (p. 192).

Luego, Paris proporciona una lista de reconocidas personalidades que llegaron a ser aclamadas internacionalmente con el Premio Nobel de la Paz y reconocimientos similares, indicando que ellas “manifiestan las diversas maneras por las que la virtud de hacer la paz puede ser asumida” (p. 196).

## **Conclusiones**

Aunque nací en un país que pertenece a la calificación del “Mundo de los Dos Tercios”, es mi observación personal que la mayoría –si no todas– las reflexiones y desafíos presentados en los capítulos de este libro son contemporáneos y válidos para toda la iglesia cristiana del mundo entero. Teológica y éticamente, nosotros la iglesia necesitamos asumir la responsabilidad de lo que globalmente ocurre hoy en nuestro mundo. Sin embargo hay una reflexión más profunda que la iglesia debe realizar. Por ejemplo, yo necesito asumir responsabilidad, al vivir en los Estados Unidos de América, por el consumo alarmante de los bienes que se produce dentro y fuera de este país. Bien es sabido que en esta nación vive el 7% de la población mundial y que se consume el 30% de la energía que produce el mundo. Estas figuras son similares en Europa y en algunos de los ricos países de Asia. Como iglesia necesitamos preguntarnos si la globalización es unidireccional, del más fuerte hacia el más débil, y si la intención primaria de la globalización es el expansionismo o la cooperación. Pudiéramos hacer una lista de todos los beneficios otorgados por los países ricos a los que son naciones pobres, pero podemos olvidar que podemos estar sustrayendo del “Mundo de las Dos Terceras Partes” mucho más de lo que queremos admitir. Economías débiles gravitan hoy alrededor de las decisiones tomadas por economías fuertes, el pobre se vuelve más pobre y el rico, más rico. Las monedas son devaluadas, los ahorros en los

bancos –si es que el pobre tiene alguno– son reducidos por la corrupción y la ambición. De a miles, la gente diariamente busca por oportunidades en los grandes centros urbanos abandonando las tierras que producen alimentos, debido a la explotación y a la injusticia hacia el trabajo, el cuidado de la salud y la protección básica.

¿Es la iglesia capaz de crear un movimiento global integrado desde su propio contexto cultural, económico, educativo –ya sea en los mundos “uno o dos tercios”–, amando, involucrando, capacitando, equipando, delegando, y haciendo posible el balance al que se refiere Moltmann? ¿Se alinea la iglesia y representa mejor las autoridades que ya controlan el futuro de hermanos empobrecidos que viven en el Mundo Dos Tercios?

La teología cristiana no debiera ser una espectadora de lo que ocurre con la globalización. Necesita participar activamente en educación que forma y cuida, en la ley, la medicina y la tecnología. Validar el evangelio debiera ser la mayor preocupación de la iglesia cristiana, recordándose constantemente que El dijo: “Yo, el Señor, te llamé y te tomé por la mano, para que seas instrumento de salvación; yo te formé, pues quiero que seas señal de mi pacto con el pueblo, luz de las naciones. Quiero que des vista a los ciegos y saques a los presos de la cárcel, del calabozo donde viven en la oscuridad” (Isaías 42:6-7, versión *Dios Habla Hoy*).

Para la teología cristiana hay dos amplias dimensiones en el asunto de la globalización: “En primer lugar, la globalización connota un compromiso claro de comunicar las Buenas Nuevas a todas las naciones y pueblos de la tierra. En segundo lugar, globalización implica identificación con la gente del mundo.”<sup>[3]</sup> Para que ambas ocurran se requerirá de nuestra parte un esfuerzo consciente de entender a Cristo, Su Iglesia, y Su Gran Comisión para comprometernos y sumergirnos en una mejor comprensión e influencia para hacer posible los cambios frente a las autoridades de nuestros tiempos.

---

[1] Iglesia Internacional del Nazareno.

[2] En referencia a la cadena de restaurantes de alimentos rápidos McDonald.

[3] Chuck Gailey Documento no publicado: “¿Qué debiera significar globalización al Nazarene Theological Seminary?”